

Codornices y caza

¡Cuánto tiempo hacía que no veía codornices! Siempre recordaré la primera vez que las vi, en la sierra de Cavalls, al sur de la provincia de Tarragona. Debía de ser a finales de la primavera de 1972. Iba con mi padre, y él las vio por una ladera: un grupo de unas quince, apeonando entre las ralas matas y las agudas rocas de aquella sierra, reacias como son a levantar el vuelo.

—¡Codornices! —dijo y, sin más, paró el coche en medio de la carretera y salió corriendo tras ellas, alborozado. Y yo, tras él. Pendiente arriba, a peón, nos ganaron, claro, y las perdimos de vista. Me sorprendió que no alzaran el vuelo.

—¿Querías coger alguna? —pregunté incrédulo.

—Claro, de joven atrapé alguna en Ciudad Real.

—¡Hala, ya será menos!

—¡Que sí, que había muchas! La mayoría las cazábamos con escopeta, pero llegué a coger alguna a mano.

Nunca sabré si mi padre exageraba o no, pero lo cierto es que antaño era una especie abundante. Hogaño se cuenta entre los pájaros cuya merma es más notable, si bien parece haberse recuperado un poco del gran bajón sufrido entre 1960 y 1970.

De su pasado esplendor numérico se hace eco la literatura antigua, que menciona las «lluvias de codornices». Cita la Biblia uno de estos episodios, recogido por Alfredo Noval en su magnífico *El libro de la fauna ibérica*. Parece que el hecho acaeció sobre el desierto del Sinaí, en el preciso momento que por allí pasaban los hebreos huidos de Egipto. Que también es casualidad. El caso es que «vino un viento de Yavé, trayendo desde el mar codornices..., hasta la altura de dos codos sobre la tierra. El pueblo estuvo todo el día, toda la noche y todo el día siguiente recogiendo codornices». Y venga a comer codornices y a poner a secar las que no comían. Vamos, que se pasaron, y de resultas «encendióse contra el pueblo el furor de Yavé, y Yavé hirió al pueblo con una plaga... y allí quedó sepultado el pueblo glotón».

—Yavé, ¿por qué? Oh, Yavé.

—Ya ves, ya veis lo que sucede con la avaricia.

—Ya vemos, ya, Yavé. Pero ¿por qué nos envías tantas codornices y luego nos castigas? —balbuceó algún desdichado, antes de expirar.

Una pregunta que quedó sin respuesta. Como muchas otras, en lo referente a Yavé. Tal vez la ira de Yavé fue excesiva, como lo fue su aporte de codornices, y trató de equilibrarlo. ¿Una muestra de activismo ecologista temprano? ¿O de enfado ante la falta de iniciativa en la creación de una industria conservera como las que aún hoy florecen? Tales relatos, aunque un tanto exagerados, tienen una base cierta. Las codornices son la única especie migradora del orden de las galliformes, cuyo vuelo no destaca por su habilidad y potencia. De resultas, en su viaje otoñal desde Europa hacia el Sahel, llegaban, y llegan, exhaustas tras atravesar el Mediterráneo y debía de ser cosa fácil capturarlas. Se realizaban capturas masivas de cientos de miles, hasta de millones, calificadas como un regalo de Dios en tiempos de escasez y que se han prolongado hasta tiempos muy recientes. Sobre todo, en el

Sinaí y en otras partes de Egipto, se han capturado millones con redes y también con escopeta. Lo mismo sucede en Pakistán y en el noroeste de India, en su viaje hacia el subcontinente, donde invernan las poblaciones de Europa oriental y de la estepa rusa.

Asombrosos relatos del siglo xvii aseguran que la copiosidad de las bandadas llegaba a constituir un peligro para la navegación, debido al choque de los bandos con las velas de los barcos. Claro que también se menciona que las codornices son previsoras y llevan una ramita en el pico, la cual depositan en el mar para hacer un receso. O, incluso, que son capaces de navegar a vela, posadas en el agua y levantando un ala para aprovechar el viento. Las inventoras del *windsurfing*, vamos. Si algo podemos deducir de tales fabulaciones es que las codornices debían de ser ciertamente abundantes.

Mas la caza de millones cada año redujo de manera drástica tal abundancia. En tiempos recientes, el desarrollo de la agricultura intensiva, con variedades de cereal de crecimiento rápido y siegas cada vez más tempranas, ha venido a complicarles el ciclo vital. Por no hablar de pesticidas y fertilizantes dispersados con alegría de nuevo rico. Y, encima, se sueltan muchas criadas en granja. Son las mal llamadas «re poblaciones», pues el único objetivo es cazarlas. Se trata de codornices medio domésticas, de la cercana especie japonesa, algunas de las cuales se hibridan con las salvajes, con el resultado del empobrecimiento genético de la especie. Lo extraño es que aún queden, pero está claro que las lluvias se acabaron. En España, la más reciente de la que se tiene noticia sucedió en Santander en septiembre de 1940, con un fuerte temporal del Cantábrico. Casualmente, mi padre se hallaba a la sazón en la capital cántabra, pero nunca me comentó nada de ese hecho extraordinario. Convaleciente como estaba de una herida de guerra, haciéndose pasar por soldado requeté cuando lo había sido republicano, procurando mimetizarse cual codorniz, no

creo que estuviera para galliformes. Mas, de haberse enterado, sin duda, se hubieran aliviado sus penalidades.

Las codornices pasan muy desapercibidas, dado su pequeño tamaño, lo mimético de su plumaje y la costumbre de permanecer encamadas, entre las matas de cereal antes de ser segado o entre los rastrojos del mismo. Pero son muy conocidas en buena parte de Europa, sobre todo por su sonoro canto, el repetitivo *cuí, cuí-cuí*. En España, la familiaridad del ave se demuestra por la amplia diversidad de nombres que recibe, de base onomatopéyica todos ellos, empezando por el de codorniz, derivado del latín *coturnix*, origen del científico *Coturnix coturnix*; en este caso, el insigne Linneo no se complicó la vida. Pazpallás en Galicia, palpayar en Asturias y párpala o párpala en Castilla, Aragón o Andalucía. Todos se refieren al canto. En cambio, el catalán *guatlla*, el francés *caille*, el italiano *quaglia* y el inglés *quail* parecen, más bien, aludir al sonido gutural que suelen emitir antes del canto propiamente dicho.

La popularidad de la codorniz queda plasmada en las múltiples interpretaciones onomatopéyicas de su canto. Las hay de todo tipo, como la contable catalana *set per vuit* ('siete por ocho'); la francesa *paie tes dettes* ('paga tus deudas'); la romántica, un poco cursi, inglesa *wet my lips* ('humedece mis labios'); y la piadosa alemana *Fürchte Gott* ('teme a Dios') o *Bück den Rück* ('agacha la espalda, inclínate'). También en alemán, el ave se denomina *Wachtel* y su canto, *Wachtelschlag*, interpretación musical en la cual Beethoven se inspiró para la composición de un lied en el que se repite un motivo, como en el canto de la codorniz.

Y es que las codornices cantan mucho, ya con las primeras luces del alba, hasta el punto de que algún día me despiertan, sobresaltado, al pensar que se trata del chisme que me desvela los días de labor, *ti-ti-ti*, tan monótono es su canto. Claro, yo no soy Beethoven. Y en su época no había despertadores electrónicos.